

CUENTO N° 111

TÍTULO: DEDÉ

SEUDÓNIMO: ITÁLICO

AUTOR: PABLO ENZO DE CAROLIS YORI

Dedé.

Seudónimo. ITÁLICO

Cuando yo tenía cuatro años mi madre había enviudado hacía dos, mi hermana tenía seis, y vivíamos en la ciudad piemontesa Casale Monferrato, en una casa grande con un jardín que la rondaba por completo. Mi mamá, buena anfitriona, tenía un grupo de amigas que traían a sus hijas para que jugaran con “mia sorella”, quien era una jovencita muy vivaz, con un desplante envidiable, mientras yo, flaco, esmirriado, y tímido, bordeaba la patología asperger. Iba a un colegio donde no hice amigos y no se cómo aprendí a leer. Solo recuerdo que después de la merienda la maestra nos ordenaba dormir la siesta con la frente sobre los puños, uno sobre el otro, afirmados en la cubierta del pupitre.

Mi hermana y sus amiguitas, tenían bicicletas a su tamaño y daban vueltas y más vueltas al jardín. Pedaleaban desde un punto hacia el oriente para llegar a ese mismo lugar desde el lado opuesto. Su juego era competir quien llegaba primero, una y otra vez, alternando victorias. Mi autito a pedales era una tortuga frente a las bicis y me quedaba en el punto de partida, observándolas fascinado, pero con más cuidado a una de ellas, larga, y flacucha, a Dedé.

Me parecía graciosa. En vez de estirar el labio inferior para pronunciar palabras que empezaban, o terminaban, con “e”, lo achicaba, lo fruncía, y el sonido se prolongaba unas milésimas de segundo más allá de lo normal. Siseaba y su boca parecía que estuviera a punto de besar, pero con una actitud arrepentida. Me gustaba su siseo, ver la carita que ponía, y no entendía porque las otras muchachitas la imitaban. Era una burla ingenua, lo comprendo ahora, y ella la soportaba sin tomarlo a mal. Además, por un leve tartamudeo demoraba

completar las frases y las competidoras, sin esperar entenderla, iniciaban la carrera y la dejaban balbuceando.

Dedé llegaba última, tratando de terminar la frase que había dejado pendiente. Repitiendo la tartamudez era silenciada por un coro de risas surgidas de la simple necesidad de reír, atentas a la orden de pedalear otra acometida. Y, Dedé volvía a quedar frustrada, con su boquita fruncida, incansable en su deseo de decir algo que ninguna de las otras tenían la paciencia de escuchar. Y yo, sentado en mi autito, quieto, mudo, fui un constante e interesado observador.

Ha pasado tanto tiempo que se me han borrado las imágenes de las facciones de las amiguitas de mi hermana, pero a pesar de no creer que a tan tierna edad funcionen las feromonas, de la pequeña Dedé, sí, estoy seguro, ¡me enamoré! Al recordarla cierro mis ancianos ojos, veo la sombra de una figurita infantil y ¡bueno!, siento algo, algo tierno que me hace sonreír.

Trasplantado a otro continente, por la esperanza aventurera de mi mamá y el temor a la guerra de mi abuelo, así somos los adultos dominados por la incertidumbre, he podido vivir de acuerdo a las circunstancias. La primera vez que pude volver, en calidad de turista, al lugar donde nací, en el aeropuerto me recibió el hermano menor de mi padre. El tío había estado varias veces en Buenos Aires, por negocios y algo hablaba el español. En su casa me esperaba una cena y a los postres, un trozo de Gorgonzola y dos vasitos de amaretto, el tío quería recordar mi niñez italiana, a la abuela, al abuelo, y su antigua casa familiar en Frazinello. Esa hebra emocional me llevó por el derrotero de las amigas de mi madre y le pregunté, por Dedé. El nombre no le dijo nada, en efecto era un apelativo, pero

recordando el apellido solucioné el problema y dijo que sí, que la conocía. A los italianos le gusta nombrar a la gente por sus títulos y exageran con el de sus amistades. Me miró y levantó su índice, advirtiéndome.

—Signora Fariña, vuoi dire.

La admiración que le produjo lo retrajo a su idioma, pero en seguida reaccionó.

—Ella es una gran abogada, una magistrada. Es juez de familia en un tribunal de Turín.

La excitación, el entusiasmo del tío, me llevó la mente a imaginar una figura imponente, severa, grandiosa, que de inmediato comparé con una niña graciosa, delicada, con Dedé, y sonreí, pensando como la vida nos transforma.

Turín, la capital del Piamonte quedaba a quince minutos en automóvil de donde yo alojaba, y el tío, malicioso por mi interés la llamó el día siguiente por teléfono.

—Ho chiamato la signora Fariña —me dijo, orgulloso de su iniciativa.

—¡Vaya! —le contesté, preocupado.

—La signora Fariña, Dedé, per te, te ricorda —y volvió al español para seguir con su información —Te recuerda... a ti y a tu hermana...e credo che si sia commossa. Se conmovió, capisci? —agregó, pícaro.

—¿Se conmovió?

—È vero —lo reafirmó con gesto convencido, para añadir—. Cuando le dije tu nombre demoró en contestar.

—¡Hum!

—Luego dijo... Oh, Paolo, me lo ricordo benissimo.

El tío, feliz con su iniciativa, me entregó el número del celular de la signara Fariña y la dirección de su casa en Turín. Ella le habría dicho que yo la llamara para fijar el momento en que nos podríamos ver, en su misma residencia.

Estaba arrepentido de haber recordado a Dedé, en el momento en que la cálida recepción de mi tío me hizo sentir en familia, pero el resultado de su iniciativa me producía un torbellino de emociones. Era increíble, un simple recuerdo tierno, ¡algo de niños!, y te hace sentir cosas sin poder detenerlas. Al día siguiente podría ver a Dedé en su propia casa y aunque era visible el entusiasmo del tío, yo dudaba sobre cuál habría sido el verdadero tenor de la conversación. Si aceptaba la invitación, no me reencontraría con la niña llamada Dedé, me vería con una mujer, en realidad con una extraña. Sin pensarlo, le pregunté.

—¿Cómo es?

—È una donna coraggiosa, un grande magistrato —me contestó con entonación admirativa.

—¿Magistrada? —solo pude articular, impresionado.

—Anche se, poveretta, è separata dal marito, cosa che qui, in Italia, capita spesso.

Pensando que en Chile pasaba lo mismo, que el tío me informaba con una intención, sonreí y no acusé recibo, y volví sobre lo que me interesaba.

—Recuerdo que hablaba, parlaba ..., capisce, zio?, con un pequeño defecto, algo así como un silbido ..., ¡un siseo! —le dije, agregando en italiano—
¿lo fa ancora?

—No, por supuesto que no, ella es una gran oradora. Un'ottima oratrice.

—¿Tampoco tartamudea?

El tío movió su cabeza asombrado por mi pregunta y tenía razón, una gran magistrada no sisea ni tartamudea. También esperaba que yo aceptara la invitación de la signora Fariña.

—E cosa mi dici? Perché si no la llamas tú, tendría que volver a llamarla yo. È una donna molto importante, non giochi con lei —me dijo con un gesto de temor.

Exigía una definición, con la magistrada no se podía jugar. Lo entendí, ¡pobre tío!, pero llamarla o no llamarla se parecía a un dilema Shakesperiano. Si aceptaba la invitación, Dedé, la niña de mi recuerdo, con su siseo, su tartamudez, sería cosa del pasado, algo triste, pero irreparable. Me encontraría con una jueza de alta investidura y más que reencontrarnos, seríamos dos personas que en ese momento, recién se estarían conociendo. Claro que los recuerdos suelen producir efectos insospechados y al calor de la emotividad yo podría confesarme y en esa eventualidad tal vez, ¡ahora sí, pensé con humor!, podrían actuar las feromonas.

Pensaba como resolver la situación cuando escuché mi propia voz inventando un pretexto para disculparme.

—Lo siento, tío, pero mañana vuelo a Roma. Dedicaré una semana a recorrerla y desde allí regresaré a mi país. Por favor, llámela usted, discúlpeme con la magistrada. Dígale que en un próximo viaje la veré, ¡por supuesto que la veré! —mentí.

Al día siguiente decidí hacer el trámite de cambio de la fecha de vuelo en el mismo aeropuerto, de madrugada, solo, impidiendo que algún familiar me acompañara. Era absurdo, no creía que para la jueza el asunto de verme o no verme fuera algo que le afectara, pero a mí sí, y no estaba huyendo de la pequeña Dedé, solo estaba protegiendo su recuerdo.

Visitar más largo Roma era una alteración del viaje, pero podría reconocer mejor el Coliseo, la Fontana de Trevi, el palacio Barberini, el Vaticano, durante toda una semana, y era un panorama corriente, pero lo peor fue que si bien inventé una disculpa creíble, quedé triste, avergonzado, ¡porqué lo cortés no quita lo cobarde!, ¿no lo creen?

////////////////////////////////////